

La edición se debe a la Editorial «Cruz del Sur» y tan impropio como el prefacio es el hecho que no traiga fe de erratas. He aquí las principales:

En la pág. 40 dice: «Doce marinos de las Islas Bellas», debe decir: Doce marineros...», etc.;

en la pág. 48, en la segunda línea, después de la palabra «cuando» debe agregarse la siguiente frase: «apareció a bordo bajo el aspecto de»;

en la pág. 52, primera línea, debe decir «concha», en vez de «cancha»;

en la pág. 69, línea primera, dice «Volantín», debe decir «volatín»;

y en la pág. 105, debe decir «apenas se dormía alelado» y no «apenas se dormía al lado».—ANTONIO DE UNDURRAGA.



ESTADOS UNIDOS ROMÁNTICO (1) por *Rosa María Rojas*. Lima, Perú

Dos circunstancias explican la génesis de este libro; El viaje de la autora a la Unión y a la necesidad de dar a conocer, a su regreso a la patria, las impresiones recogidas.

No es difícil imaginar, en Rosa María Rojas, a una distinguida pedagoga peruana. Fuera de cuanto estas páginas pudieran darnos, no tenemos noticia personal alguna acerca de ella.

Realizó el viaje a los Estados Unidos de Norte América en 1941. Integraba la delegación de su país a la Escuela de Verano de la Universidad de North Carolina. Según sus propias palabras, este fué «el viaje, por excelencia», «el viaje, con mayúscula».

(1) La autora ofrece su obra a quien la solicite a Muelle 847, Lima, Perú.

Iba poseída de los prejuicios tradicionales: Estados Unidos es un país frío, calculador y rudo, más entregado al torrente material que a las efusiones del espíritu. Y, al enfrentarse a él, descubre—¡oh sorpresa!—que se trata de una nación romántica, cuyo romanticismo «lo trae en la herencia caballeresca y soñadora de sus abuelos nórdicos».

Captar la idiosincrasia de un pueblo, en un viaje breve, no es cosa fácil. Ello exigiría, sino una prolongada convivencia, extraordinarias dotes de observación, de discriminación y altas, altísimas condiciones de síntesis e interpretativas. Y no pasemos por alto el hecho de que siempre haya fenómenos que no solamente escapan a la atención del visitante sino que, también, lo sorprenden y conducen a falsas conclusiones.

Distinto es el caso de Rosa María Rojas.

Ella no partió con el aire grave de ciertos viajeros filósofos de viaje. Salió en calidad de maestra. Si llevaba alguna finalidad previa, no sería otra que la de servir las premisas latentes de acercamiento y comprensión espirituales entre la confederación del Norte y los Estados sudamericanos. En tal sentido, la divulgación escrita de sus experiencias no habrá sido en vano.

A la definición de lo clásico, como equilibrio y medida, la autora dice oponer, sin rigor de método, los rasgos de «la abundancia y la indisciplina expresivas, la subjetividad creadora, la afición a lo exótico, la mirada al pasado y el predominio sentimental», rasgos que constituyen el esquema de la opinión que ella se formó de lo yanqui.

Largo sería enumerar los elementos de juicio que Rosa María Rojas acopia en favor de la tesis expresada en el título que encabeza estas líneas. Digamos sí, que algunos de ellos son encantadores. No olvidaremos aquél, en que nos ofrece el cuadro objetivo y colosal de la ciudad neoyorkina, a la que califica como «desconcertante», por «su desproporción y exhuberancia», y, por ende, romántica. Aunque sea discutible, téngase presen-

te que, para Rosa María Rojas, romanticismo es lo arbitrario, lo que carece de articulación, lo desorbitado.

Sus observaciones son valiosas. Sobre todo aquella referente a los «banquetes hasta con veintisiete discursos...».

No sabemos si probará, al fin, el romanticismo de Estados Unidos. En todo caso y aun cuando se trate de una nación que ha superado etapas que todavía no recorreremos, habrá probado que no es imposible la armonía entre países de modalidades distintas y que éstas, muchas veces, no son sino el resultado de una visión errada o imperfecta.

Una pregunta queda girando en nuestra memoria: ¿Por qué Rosa María Rojas aplicaría, a la música del «blue», los epítetos de soñolienta y majadera?—A. TORRES P.



LIBERTAD SOBRE LA CARICATURA

Vamos a valorar un álbum de caricaturas, no por sus ángulos de estrictez crítica demasiado rigurosa, sino que vamos a decir aquellas verdades sobre las cuales la realidad y la fantasía, el sueño y la tierra, la espuma o la piedra construyen esos agradables peldaños por donde se sube al paraíso de lo perdurable. De aquello no discutible, porque, al menor rastro de una desarmonía inquietante, corre el riesgo de perder todos los hilos trenzados con maravillosa invisibilidad.

De la caricatura a nosotros no habrá más que un trozo de corazón temible, otro de sueño requerido, y una libertad cimentada en las expresiones más finamente adecuadas. Así, el trayecto para llegar a la pequeña ciudad de la sorpresa será tan variada en justos, prolongados o breves caminos, que los obstáculos quedarán, al fin de todo, transformados en partículas integrantes del viaje mismo. De allí que la libertad que nos hemos tomado sea indispensable, además de ser justa.